



El reto energético en Europa

Manuel Marín González

Presidente del Congreso de los Diputados

Fue Vicepresidente de la Comisión Europea

Hace ya 50 años que seis países europeos (Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y Países Bajos) decidieron sumar esfuerzos, eliminar barreras internas y afrontar inversiones conjuntamente para apostar por una política energética común que garantizase el abastecimiento europeo en tiempos de crisis. Una alianza a la que, en 1986 y en pleno proceso de integración en la Unión Europea se sumaría también España.

Medio siglo después de la firma de Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea de la Energía Atómica, Europa se ha convertido en el segundo mercado energético del mundo, con 450 millones de consumidores. Pero el panorama que el Libro Verde de la Comisión de 2006 dibuja sobre el futuro energético del Viejo Continente es preocupante:

Seguimos dependiendo excesivamente de las importaciones (un 50% de la energía que consumimos nos llega de fuera), una situación que, lejos de arreglarse, se agrava con el paso de tiempo: si no logramos incrementar nuestra competitividad en la materia, este porcentaje pasará a ser del 70% en unos 20 años. La situación es aún más alarmante si pensamos que cubrimos la mitad de nuestro consumo de gas con el procedente de sólo tres países, Rusia, Noruega y Argelia.

Y esto, en un panorama mundial caracterizado por el consumo creciente de energía. Según el Libro Verde, la demanda mundial de energía y las emisiones de CO₂ pueden incrementarse un 60% hasta 2030. En lo que respecta al petróleo, desde 1994 su consumo ha subido un 20% y se prevé que a partir de ahora, aumente un 1,6% anual. Mientras, tanto el gas como el petróleo nos cuestan cada vez más caros: en los dos últimos años sus precios se han duplicado prácticamente en la UE. Nada extraño si tenemos en cuenta que los recursos fósiles, básicos en el modelo tradicional del que dependemos se van agotando. Resulta, además, complicado, introducir innovaciones en estos sectores energéticos que puedan traducirse rápidamente en nuevos yacimientos.

Por tanto, el panorama frente al que nos hallamos en estos primeros años del siglo XXI es el de un mercado energético crecientemente dependiente, y en ocasiones, de países que no se caracterizan precisamente por su estabilidad política, y el de una energía cada vez más cara. Si a esto le sumamos el reto del calentamiento global del planeta y del cambio climático causados por la emisión de gases de efecto invernadero, resulta evidente que debemos ponernos manos a la obra para garantizarnos un aprovisionamiento seguro, que sea a la vez compatible con el desafío ecológico.

Tuve ocasión de asistir el pasado 7 de febrero a la conferencia que Al Gore, ex vicepresidente de Estados Unidos, impartió en su visita a Madrid. Allí expuso, con crudeza pero también con esperanza, su visión del asunto: Gore cree que es compatible reducir las emisiones de efecto invernadero, lo que conlleva quemar menos carbón y petróleo, y seguir creciendo económicamente. Se mostró partidario del ahorro energético y de las energías renovables (aunque no de la nuclear), y dejó traslucir un rayo de esperanza en medio de la amenaza ecológica: tenemos todo lo necesario para combatir el calentamiento global del planeta, aseguró, lo único que nos falta es la voluntad política para hacerlo.

También la Comisión Europea, consciente del reto ecológico, ha invitado a los Estados miembros de la Unión a desarrollar una política energética centrada en una serie de objetivos, uno de los cuales es la sostenibilidad. Para ello, pide que se promuevan las fuentes de energía renovables y se fomente la eficacia energética. En este sentido, la Comisión ha propuesto recientemente reducir en al menos un 20% las emisiones causantes del cambio climático para 2020 respecto a los niveles de 1990, y también medidas para reducir la dependencia de la UE de la energía importada, potenciando las energías renovables y biocombustibles.



Al fin y al cabo, en Europa podemos sentirnos orgullosos de ser la principal potencia mundial en desarrollo y aplicación de energías renovables. Aunque también es cierto que Alemania es el único miembro de la UE que está en camino de alcanzar los objetivos establecidos en el Protocolo de Kioto sobre el cambio climático. Creo que, efectivamente, es una obligación moral de nuestra generación que las previsiones apocalípticas del cambio climático no se hagan nunca realidad. Como aseguró Al Gore en su conferencia de Madrid, podemos ser recordados como la generación que destruyó la Tierra, o como la que afrontó la amenaza.

Otro de los objetivos propuestos de la Comisión Europea y que me parece razonable es diversificar nuestras importaciones de petróleo y gas a fin de asegurar el suministro ante posibles problemas de aprovisionamiento. Recordamos aún ciertas situaciones vividas recientemente, como la crisis entre Rusia y Bielorrusia, que supuso el corte de suministro de petróleo a cinco Estados de la UE a principios de 2007. Y tenemos también en Europa otra asignatura pendiente: la de mejorar nuestra competitividad, invirtiendo en capacidad productiva y facilitando las conexiones internas para agilizar nuestro mercado interior. A buen seguro se trata de medidas complejas, que requerirán de inversiones cuantiosas y cambios estra-

tégicos, pero creo que aún estamos a tiempo de lograr un mercado energético más independiente, competitivo y respetuoso con el medio ambiente. Es todo un reto, lo sé, pero, citando una vez más a Al Gore, lo más difícil de todo es lograr la voluntad política para afrontarlo. ■